


# Psicopolítica de la violencia: técnica, estética y cinética. Consideraciones a partir de la guerra total

## Psychopolitics of Violence: Technique, Aesthetics, and Kinetics. Considerations Based on Total War

**Pedro Cerruti**

Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Correo electrónico: pedrocerruti@gmail.com

 ORCID: 0000-0003-0797-1072



**Resumen:**

*El presente ensayo interroga la relación entre la violencia y los modos de vinculación social, a partir de su dimensión “psicopolítica”, es decir, la composición de los tonos anímicos que integran a los individuos en esferas de coexistencia. Además de indagar el pensamiento de Peter Sloterdijk al respecto, se propone una genealogía de la articulación entre técnica, estética y cinética para indagar las condiciones psicopolíticas contemporáneas, y las capacidades para su movilización técnica, que se concentra en la co-emergencia de la guerra química y la propaganda durante la Primera Guerra Mundial. Para ello se plantea también una lectura de dos intérpretes fundamentales de la misma, Ernst Jünger y Walter Benjamin. Finalmente se discute lo que puede pensarse como una mutación epocal, que implica el pasaje de las formas humanistas a las poshumanistas de composición social y que llevan a Sloterdijk a proponer que la nuestra es la era de la “hiperpolítica”.*

**Palabras clave:**

*Violencia, psicopolítica, técnica, estética, movilización*

**Abstract:**

*This essay examines the bond between violence and social relationship, its “psychopolitical” dimension, that is, the composition of the mood tones that integrate individuals into spheres of coexistence. Peter Sloterdijk’s thinking on this topic is investigated. Also, a genealogical approach to the articulation between technique, aesthetics and kinetics is presented in order to explore the psychopolitical conditions of contemporary societies, and the capacities for their technic mobilization. This focuses on the co-emergence of chemical warfare and propaganda during the First World War. To this end, two of the most lucid interpreters of these transformations, Ernst Jünger and Walter Benjamin, are also considered. Finally, what Sloterdijk thinks as a mutation of epochal scope is discussed, which implies the transition from humanistic to post-humanist forms of social composition and which lead him to propose that ours is the era of “hyperpolitics”.*

**Keywords:**

*Violence, Psychopolitics, Technic, Aesthetics, Mobilization*

**Fecha de recepción del artículo:** 14/03/2020

**Fecha de aceptación del artículo:** 05/08/2020

**Para citación de este artículo:** Cerruti, Pedro (2021). Psicopolítica de la violencia: técnica, estética y cinética. Consideraciones a partir de la guerra total. *Anacronismo e Irrupción* 11 (21), 467-484.

## Introducción

Hacer de la violencia un objeto de reflexión que considere su participación en la composición de nuestros modos contemporáneos de coexistencia debe, entre otras cosas, considerar el hecho de que estos últimos se desenvuelven en escenarios en cuyo diseño las imágenes de violencia reproducidas técnicamente tienen un papel cuyas características ninguno de los calificativos usuales, tales como los de entretenimiento, información o persuasión, alcanza a circunscribirlo correctamente por sí mismo. Este “sistema teatral de la violencia”, como lo calificara Peter Sloterdijk<sup>1</sup>, parece haber hecho colapsar cualquier capacidad, si es que alguna vez la tuvo, de la esfera público-política para albergar una comunicación racional y dialógica sobre la violencia social que pudiera tener sobre ella efectos, si se quiere, civilizatorios. En su lugar, por medio de la entrega al consumo de escándalos y pánicos morales, disposiciones afectivas dominadas por el miedo y la ira sostienen los modos de subjetivación que movilizan al individualismo contemporáneo en la dirección del despliegue de formas policíacas y punitivas de gestión de la conflictividad social. Y todo ocurre en condiciones tales que, como advertía Walter Benjamin, vivimos nuestra propia autodestrucción como un “goce estético de primer orden”<sup>2</sup>.

Ahora bien, intentar dar cuenta de este fenómeno requiere confrontarse con las transformaciones recientes en función de las cuales nuestras formas de coexistencia han adquirido contornos que vuelven problemática su interpretación a partir de los paradigmas hermenéuticos clásicos y que han conducido a considerar que las bases sobre las cuales se asientan deban ser calificadas como poshumanas, entre otras designaciones posibles, ninguna de ellas ausente de problematicidad. Se trata por supuesto de una cuestión compleja que puede ser desagregada en múltiples estratos de composición. Uno de ellos atañe a lo que, con Sloterdijk, podemos situar como su dimensión “psicopolítica”.

<sup>1</sup> Sloterdijk, Peter. *Ira y tiempo. Ensayo psicopolítico*. Madrid: Siruela, 2010, 55.

<sup>2</sup> Benjamin, Walter. *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Buenos Aires: Godot, 2019, 124.

El presente ensayo se aboca justamente a ella, y lo hace abordando uno de los aspectos característicos de la situación actual, aquel vinculado con las capacidades de administración técnica de la composición psicopolítica propia de cada agregado social.

En tanto que este último aspecto pone en juego el problema del poder es importante dejar en claro desde un comienzo que al hablar aquí de psicopolítica de ninguna manera se hace alusión a técnicas que intervienen sobre la psique o la mente en oposición de aquellas que lo hacen sobre el cuerpo.<sup>3</sup> El horizonte epocal demanda abordajes del poder, y de la violencia, que no se encuentren constreñidos por las dicotomías de una metafísica de la subjetividad ya vetusta. La psicopolítica entendida, ahora, en los términos de la capacidad de movilización por medios técnicos de las disposiciones anímicas a través del diseño y modificación de los entornos –o esferas– de coexistencia no solo no tiene ninguna relación con los criterios de inteligibilidad implícitos en la definición antes mencionada, sino que su posibilidad misma, el surgimiento como tal de esa capacidad, es justamente uno de los vectores de la emergencia de la condición que los vuelve caducos.

Sloterdijk ha propuesto considerar ciertos eventos acaecidos durante la Primera Guerra Mundial como los acontecimientos en los que se produjo la emergencia de las nuevas capacidades técnicas y que condensan, al modo de escenas originarias, el camino de la mutación epocal ocurrida. Uno de ellos es la aparición de la guerra química, el otro la de la guerra psicológica, en ese momento denominada propaganda. Si la primera nos ofrece un panorama más o

<sup>3</sup>En “De la biopolítica a la psicopolítica: comunicación, poder y subjetividad a partir de Michel Foucault” (*Astrolabio*, 19, 2017) se ha realizado un abordaje crítico de las teorías que han buscado superar la noción de biopolítica de Michel Foucault planteando que las técnicas de poder propias de las sociedades de control contemporáneas constituyen formas de intervención ya no sobre los cuerpos sino sobre el psiquismo o la mente. Por otro lado, en “El acondicionamiento del medio es el mensaje. La crítica de los entornos mediáticos, de Michel Foucault a Peter Sloterdijk” (*Hipertextos*, 5, (8) 2017) se ha considerado la noción de psicopolítica a partir de una relectura desde la esferología de Sloterdijk de la propuesta del mismo Foucault de ubicar la racionalidad propia de la biopolítica a partir de la lógica del acondicionamiento del medio y no de la dicotomía mente-cuerpo.

menos franco de la transformación en cuestión, la especificidad de la segunda ha sido malinterpretada incansablemente, por lo menos, desde el punto de vista de una ontología histórica de nuestro presente. La originalidad de Sloterdijk consiste en pensar la misma matriz técnica que hace posible a ambas.

Este ensayo se propone un doble recorrido, por un lado, adentrarse en el pensamiento de Sloterdijk relativo a la cuestión, y, por otro, releer a dos de los más lúcidos interpretes contemporáneos a esas transformaciones, Ernst Jünger y Walter Benjamin. El objetivo es que estas dos vertientes se esclarezcan recíprocamente y que nos permitan una mayor comprensión de algunos de los problemas más acuciantes que nuestro tiempo plantea al pensamiento crítico.

### Esferología y psicopolítica

Antes de introducirnos en los problemas planteados, cabría en primer lugar retomar muy brevemente algunos de los presupuestos de la “esferología” de Sloterdijk o, como también la denomina, su “poética política del espacio”, necesarios para comprender su noción de psicopolítica. Para empezar, esta considera a la antropogénesis como un fenómeno de índole técnico y co-existencial.<sup>4</sup> Esto quiere decir, por un lado, que la emergencia de lo humano es analizada en los términos del resultado de una producción a través de la acción de técnicas, procedimientos, instrumentos, etc. que por ello Sloterdijk denomina “antropotécnicas”; y, por otro, que estos procesos se desenvuelven necesariamente en una situación de co-habitación, siendo el habitar definido como un co-existir, esto es, un “vivir en extática inmanencia uno en otro”<sup>5</sup>. Justamente para situar la especificidad del espacio en el que esto se produce, en tanto no se confunde con el espacio físico, Sloterdijk propone denominarlo “esfera” y definirlo como un “lugar de resonancia”. Estas pueden ser pensadas

<sup>4</sup>Sloterdijk, Peter. *La domesticación del ser. Por una clarificación del claro. Sin salvación*. Madrid: Akal, 2011.

<sup>5</sup>Sloterdijk, Peter. *Esferas I. Burbujas*. Madrid: Siruela, 2014, 558.

como “invernaderos”, esto es, como los espacios en los que se disponen condiciones climáticas que tienen consecuencias ontológicas en quienes los habitan; lo cual se logra a través de “insulamientos”, es decir, establecimiento de una diferenciación del entorno por el cual se estabiliza y acondiciona un clima interior a través de medios técnicos.

Ahora bien, así como la conformación técnica de un medio co-habitable es la clave de los procesos antropogénicos, Sloterdijk propone pensar a la subjetividad desde una perspectiva medial, lo cual implica una reconsideración de la sensibilidad y una discusión topológica. Esto es así porque la metafísica clásica ha producido una determinación de la subjetividad por la vía de, por un lado, renegar de la experiencia sensible como vía de acceso a la verdad, y, por otro, localizar topológicamente al sujeto en una relación de separación respecto del mundo. Se trata de una “ontología ocular” que procede por una “absolutización de la visión” a la hora de concebir la relación de exterioridad entre el sujeto observador y el mundo que contempla desde un lugar apartado. Para comprender la diferencia entre esta perspectiva y su esferología, Sloterdijk recurre a una fenomenología de la percepción auditiva, a partir de la cual se configura una experiencia que no permite discernir ningún afuera, ningún enfrentamiento entre el sujeto oyente y lo percibido, sino que se desenvuelve como un estar inmerso en el espacio auditivo, es decir, un ensimismamiento con su medio.<sup>6</sup>

Ofreciendo una reconsideración del *cogito* cartesiano como experiencia sonora, lejos de que el sujeto acceda a la verdad en el encuentro de una autopresencia que encuentra en su completa abstracción del mundo, de toda experiencia sensible o sentimiento corpóreo, el pensar está precedido por un escucharse. Afirma Sloterdijk,

<sup>6</sup> Sloterdijk, Peter. Donde estamos cuando escuchamos música. *Extrañamiento del mundo*. Valencia: Pre-textos, 2008.

El mínimo sonido interior de la voz del pensamiento, si es escuchado y, con ello, hecho íntimo, es la primera y única certeza que puedo adquirir en mi autoexperimento [...] Escucho algo en mí, luego existo<sup>7</sup>

El sujeto es como tal un medio sensible que existe únicamente en resonancia con aquello que solo existe en él:

La música solo está en el sujeto oyente. Y añadamos que esa proposición solo sigue siendo válida junto con su inversión: el sujeto oyente solo está en la música. Por tanto, el sujeto solo puede estar en sí cuando se ha dado algo en él que se puede oír también en él –sin sonido no hay oído, sin otro no hay propio Yo–. Su propio yo solo es conocido como un ser pensante y viviente en tanto es un medio que se hace vibrar por sonidos, voces, sentimientos, pensamientos.<sup>8</sup>

Las esferas son, entonces, esos espacios de resonancia, esos mundos interiores de relaciones de vibración, compuestos por la multiplicidad de afectaciones recíprocas de quienes los habitan y que en esa interacción devienen lo que son. Ahora bien, al referirse a las esferas como entornos climatizados, Sloterdijk hace referencia en primera instancia a una dimensión pre-objetiva y pre-discursiva que puede circunscribirse a través de la noción heideggeriana de disposición anímica como primera y fundamental forma de apertura existencial.<sup>9</sup> En este caso, los estados de ánimos no remiten de ninguna manera a una experiencia individual, sino que se forman como atmósferas compartidas en tanto tonalidades impregnantes del espacio de co-existencia. Este último no es más que pura conductibilidad de los tonos anímicos en relación con los cuales vibran sus habitantes, los cuales, a su vez, son vehículos de relaciones de resonancia, es decir, medios de transmisión de ese clima en el que vibran sus habitantes.

En ese sentido, todo agregado social, ya sea de menor o mayor formato, es el resultado de la producción, en primer lugar, de esa endosfera climatizada. Y

<sup>7</sup>Sloterdijk. *Donde estamos*, *op. cit.*, 303.

<sup>8</sup>Sloterdijk. *Donde estamos*, *op. cit.*, 303.

<sup>9</sup>Sloterdijk, Peter. *Esferas II. Macroesferología*. Madrid: Siruela, 2011, 129.

es a esa fabricación, así como su regeneración, gestión, compactación, etc., en tanto constituye la tarea fundamental que todo agrupamiento humano debe conducir en conjunto, a lo que Sloterdijk denomina su dimensión psicopolítica.

### Técnica, estética y cinética bélica

Detengámonos un momento antes de volver a indagar la cuestión psicopolítica. Desde otro punto de vista, Sloterdijk ha propuesto que la realidad del proyecto de la modernidad puede ser situada a partir de la idea de movilización. Es más, ha llegado incluso a definirlo como una “utopía cinética” que bajo el principio del progreso se planteó como finalidad eliminar los obstáculos para el movimiento humano y establecer el movimiento por el movimiento mismo y el movimiento como generación de más movimiento. “Una movilidad encaminada a la catástrofe”<sup>10</sup>. La praxis de la “revolución”, y su forma paroxística en la idea de la “revolución permanente”, refleja esta lógica de la aceleración de la cinética política como dinámica propia de la modernidad de modo paradigmático. Una de las inspiraciones de esta lectura es la célebre noción de “movilización total” de Ernst Jünger, formulada para precisar la transformación bélica que se produjo en la Primera Guerra Mundial y por la cual el enfrentamiento bélico devino un “gigantesco proceso de trabajo” que nos presenta un “espectáculo que hace pensar en el funcionamiento exacto de una turbina alimentada con sangre”<sup>11</sup>. En efecto, fue Jünger el responsable de trasladar el concepto de movilización del ámbito militar a una interpretación de la era de la técnica moderna como un proceso cinético de movilización que a través de la figura del “trabajador” adquiere un alcance planetario.<sup>12</sup> En el caso de la guerra total, dice Jünger

<sup>10</sup> Sloterdijk, Peter. *Eroticismo. Aportaciones a una crítica de la cinética política*. Barcelona: Seix Barral, 2001, 26.

<sup>11</sup> Jünger, Ernst. *La movilización total. Sobre el dolor*. México: Tusquets, 2008, 102.

<sup>12</sup> Jünger, Ernst. *El trabajador*. Barcelona: Tusquets, 2003, p. 147 y ss.

para desplegar energías de tal envergadura ya no es suficiente con equipar el brazo armado – se requieren unos equipamientos que lleguen hasta el tuétano más íntimo, hasta el nervio vital más fino. Hacer realidad esos equipamientos es tarea de la movilización total, un acto mediante el cual una única maniobra ejecutada en el cuadro de distribución de la energía conecta la red de la corriente de la vida moderna – una red dotada de amplias ramificaciones y de múltiples venas – a la gran corriente de la energía bélica.<sup>13</sup>

En su lectura del texto de Jünger el mismo Benjamin reconoce, a pesar de sus críticas, que la noción de movilización total captura con precisión la realidad material de la transformación técnica en juego, si bien por supuesto lo acusa, por lo demás, de formar parte de mistificación por la cual el fascismo busca restituir la dimensión de culto de la guerra, dotándola con ello de un “aura putrefacta”<sup>14</sup>. Una aprehensión de esa realidad material en cuestión nos la ofrece Benjamin, de acuerdo con su propio estilo, condensada en la imagen con la cual da cuenta de lo que significó la participación en la contienda en los términos de la crisis de la experiencia producida por el desarrollo de la técnica moderna. Así, dice,

una generación que todavía había ido a la escuela en tranvía tirado por caballos se encontró súbitamente a la intemperie, en un paisaje en el que nada había quedado incambiado a excepción de las nubes. Entre ellas, rodeado por un campo de fuerzas de corrientes devastadoras y explosiones, se encontraba el minúsculo y quebradizo cuerpo humano.<sup>15</sup>

Lo que la noción de movilización total implica es que la sociedad en su conjunto es la que es arrojada a ese campo de fuerzas de la nueva cinética desencadenada por el desarrollo de la técnica moderna. Eso es lo que lleva a Jünger a hablar de una “democracia de la muerte”, pues, según sus términos, en tanto los estamentos sociales se difuminan y la guerra deja de ser una actividad desarrollada por ejércitos profesionales, pasa a involucrar a toda la población.

<sup>13</sup> Jünger. La movilización, *op. cit.*, 97.

<sup>14</sup> Benjamin, Walter. Teorías del fascismo alemán. En *Iluminaciones IV*. Madrid: Taurus, 2001.

<sup>15</sup> Benjamin, Walter. El narrador. En *Iluminaciones IV*. Madrid: Taurus, 2001, p. 112.



Pero lo que esta en juego allí es una posibilidad técnica que en ningún lado se evidencia con más claridad como en el bombardeo aéreo, y sobre todo en la guerra química. Así, afirma,

tenemos ya a nuestras espaldas la edad del tiro de precisión, del tiro disparado a un blanco individual. El jefe de una cuadrilla aérea que desde las alturas nocturnas da la orden de efectuar un ataque con bombas no conoce ya ninguna distinción entre combatientes y no combatientes, y la mortífera nube de gas es algo que se propaga cual un elemento sobre todos los seres vivos.<sup>16</sup>

Benjamin, por su parte, encuentra también en la guerra química el mayor desfase entre la glorificación fascista del combate y el heroísmo guerrero y una guerra de agresión pura cuyas acciones se miden en récords de exterminio. “Contra ataques de gases desde el aire no existe defensa adecuada”<sup>17</sup>, afirmaba. Pero las lluvias de bombas y nubes tóxicas indicarían que, siguiendo la imagen que él nos ha brindado, la transformación material de la guerra reside justamente en que en el nuevo paisaje nada ha quedado incambiado, lo cual atañe especialmente a las nubes, que ahora se han vuelto letales. Quizás por eso, en sus memorias, Jünger decidiera calificar al acontecimiento como una “tempestad”<sup>18</sup>, si bien habría que agregar que lo es no solo de acero sino también de gas.

Esta mutación en las formas de enfrentamiento que significó utilización de gases tóxicos como medio de combate a gran escala, por primera vez realizada el 22 de abril de 1915 durante la segunda batalla de Ypres, condensa para Sloterdijk la matriz técnica original del siglo XX y también su legado específico. En esta se produce la singular articulación de tres elementos en un dispositivo novedoso: la praxis del terrorismo, las concepciones relativas al diseño de productos y las ideas sobre el medio ambiente.<sup>19</sup> De acuerdo con esta matriz, una

<sup>16</sup>Jünger. La movilización, *op. cit.*, 96.

<sup>17</sup>Benjamin. Teorías, *op. cit.*, 131.

<sup>18</sup>Jünger, Ernst. *Tempestades de acero*. Buenos Aires: Tusquets, 2013.

<sup>19</sup> Sloterdijk, Peter. *Esferas III. Espumas. Esferología plural*. Madrid: Siruela, 2009, 75.

nueva dimensión del terror emerge a partir del momento en que las formas de enfrentamiento se desenvuelven de manera que ya no buscan impactar el cuerpo del adversario, sino que lo hacen a partir del diseño de procedimientos de modificación de su medio con el fin de alterar o directamente eliminar sus condiciones de subsistencia. Es más, Sloterdijk sugiere que fue la misma capacidad de manipulación técnica del entorno atmosférico, puesta en evidencia en la guerra de movilización total, donde no hay faceta de la existencia humana que no se vea afectada por la cinética bélica, lo que volvió explícita su dimensión ecológica.

Ahora bien, la “democracia de la muerte” expresa también una mutación capital de índole política que atañe al problema de la soberanía y que perciben, cada uno a su modo, tanto Jünger como Benjamin. Este último lo plantea como un desplazamiento del poder desde las figuras clásicas de la mistificación fascista de la guerra, esto es, el Estado como soberano y el heroico soldado de infantería, que constituye su relevo en el campo de batalla, por el “modesto lanzador de bombas”. La imagen que nos ofrece Benjamin para explicitar esta transformación es nuevamente la del bombardeo con armas químicas:

En la conducción de un solo bombardero con bombas de gases se concentran todas las instancias de poder decisivas para privar a los ciudadanos de aire, luz y vida que en tiempos de paz están repartidas entre miles de intendencias. El modesto lanzador de bombas, solo consigo mismo y su dios, goza de las prerrogativas de su padeciente jefe supremo, el Estado, y que donde estampa su firma deja de crecer la hierba, personifica al líder ‘imperial’ que estos autores sugieren.<sup>20</sup>

En el caso de Jünger, la “democracia de la muerte”, cuya faceta propiamente técnica también encontraba su *exemplum* en el bombardeo químico, está vinculada también a que la era de las máquinas es la de las masas. Por ello, la autoridad del soberano en relación con la dinámica bélica se modifica

<sup>20</sup> Benjamin. Teorías, *op. cit.*, 57.

sustancialmente en tanto estas ya no dependen solamente de su voluntad, sino que entra en consideración también la de la población, su aceptación, indiferencia o rechazo. Así, dice Jünger, en un régimen monárquico “la auténtica piedra de toque de un dominio no es la cantidad de júbilo que se le dispensa sino la guerra perdida”<sup>21</sup>. La decisión de participar de un enfrentamiento bélico es una decisión que atañe a la Corona y ejecutarla al ejército, y como tal el “entusiasmo popular” puede incluso ser considerado desagradable para el soberano. Podría decirse que el verdadero índice de la soberanía es la capacidad de decidir la guerra con total independencia de las opiniones de sus súbditos, incluso perderla y que ello no afecte su dominio.

Ello solo es posible porque la guerra monárquica es una guerra parcial. Por el contrario, la movilización total pone en juego una cinética que introduce un elemento novedoso a la dinámica política, que Jünger llama la “disponibilidad a la movilización” y que, si bien constituye –según su apreciación– un factor decisivo, no la considera como de carácter propiamente técnico. Al lado de la faceta técnica de la movilización, afirma, el ingreso de las grandes masas a la escena política hace necesario que para poder librar una guerra la población debe disponerse a participar de ella. Esta disponibilidad se produce, afirma, a través de una “llamada” que constituye esencialmente un “fenómeno cultural”, de fe. Ello fue considerado, según el diagnóstico preponderante en la Alemania de entreguerras, el fenómeno decisivo en el desenlace de la Gran Guerra, “una de las más populares que conoce la historia”, afirma Jünger. En efecto, a través de lo que llama la apelación a las “convicciones” y la generación de “olas de excitación” a través de la propaganda, la maquinaria propagandística logró movilizar para sus fines al espíritu del progreso, darles rango humanitario a los intereses propios y transformar la guerra en una lucha por la paz contra un enemigo que pasó a encarnar un obstáculo al avance civilizatorio.

<sup>21</sup> Jünger. *La movilización*, *op. cit.*, 95.

Lo cierto es que con ello nos adentramos en una dimensión particular de la transformación bélica, aquella atinente a lo que en ese momento era denominado como propaganda, y que luego, durante la Segunda Guerra Mundial, sería denominada “guerra psicológica”, y que hoy conocemos como “guerra informacional”, entre otras designaciones. Sin embargo, esta dimensión solo puede ser comprendida si ponemos en cuestión la distinción que Jünger propone entre faceta técnica de la movilización total, o movilización propiamente dicha, y la faceta cultural, o disposición a la movilización. En ambos casos nos encontramos en el mismo terreno, aquel zanjado por el desarrollo técnico de la movilización total. Misma razón por la cual la contraposición entre la transformación material de la guerra y su glorificación fascista, que el mismo Benjamin sostiene en *Teorías del fascismo alemán*, es ella misma engañosa. Es cierto, como afirma Sloterdijk, que la idealización del guerrero en el mismo momento en que se hacia del individuo un insumo de la maquinaria militar es una forma particular de cinismo<sup>22</sup>, y que no deja tener relación con la imposibilidad de hacer de la participación en la guerra una experiencia comunicable, que denuncia Benjamin. Pero lo que está en juego no es simplemente el carácter anacrónico del heroísmo allí donde el enfrentamiento bélico consiste en una tarea de exterminio, sino que el *pathos* heroico, del mismo modo que el humanitario, es ahora capaz de ser despertado y movilizado técnicamente, y con ello transformado en una pieza de un dispositivo nuevo que sirve a los mismos fines. De todos modos, Benjamin ofrece otra vía para pensar este problema allí donde vuelve a pensar el fascismo a partir de la idea de la “estetización” de la política.

Tal y como lo plantea en su celebre ensayo *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, la estetización de la política y la guerra, en el sentido de la guerra total, están íntimamente vinculadas, la primera conduce naturalmente a la segunda, y esta es el ámbito de plena realización de aquella. Desde el punto

<sup>22</sup>Sloterdijk, Peter. *Crítica de la razón cínica*. Madrid: Siruela, 2007, 617.

de vista de los problemas aquí planteados, la importancia de la interpretación benjaminiana reside en el modo en que sitúa el fenómeno en el contexto de una modificación de la sensibilidad por la vía de la transformación del *medium* de la percepción, en tanto este es el resultado de formas históricas de acondicionamiento técnico. Ello concierne, en este caso, a aquellas modificaciones relativas a las nuevas imágenes técnicas producidas por la industria cultural de la naciente sociedad de consumo. Desde el punto de vista de la genealogía bélica que aquí se discute, el hecho de que Benjamín utilice, como ejemplo de las nuevas formas de la percepción, la metáfora del proyectil que impacta directamente en el cuerpo produciendo un efecto de “shock físico”, no debe constituir un obstáculo para apreciar que se trata de una interpretación ecológica del modo en que los nuevos medios producen no solo una transformación de la sensibilidad, sino que abren toda una serie de posibilidades para su administración técnica. Lo que Benjamin sitúa a través de esa figura es la contraposición entre este modo de la sensibilidad respecto de aquella que se produce de acuerdo con la relación de contemplación, la cual establece un modo de recepción óptica, es decir, una configuración espacial y temporal marcada por una separación entre el sujeto y el objeto percibido. De allí que lo compare con el tipo de relación que establecemos con los entornos arquitectónicos, allí donde estos no son percibidos, es decir, contrapuestos como objetos de contemplación, sino que son espacios experimentados en condiciones de habituación.

Si bien es cierto que al final de su ensayo el mismo Benjamin menciona a la guerra de gases como un nuevo medio de liquidación del aura, constituye un aspecto original del modo en que Sloterdijk se aproxima a la interpretación de estos problemas el hecho de situar el paralelo entre la guerra química y las formas mediáticas del despliegue bélico a partir de la explicitación de la matriz técnica que hace posible la co-emergencia de ambas: el atmoterrorismo. Esta comprensión se hace posible en cuanto se entiende que la ecología humana incluye en el concepto de ambiente a las condiciones psicosociales de la

existencia. Desde este paralelo, Sloterdijk puede afirmar la propaganda es “la producción de nubes psicológicas de material contaminante sobre la propia población”, esto es, “la inmersión de poblaciones nacionales enteras en climas de lucha estratégicamente producidos; [que] constituyen el análogo informático del modo químico de hacer la guerra”<sup>23</sup>. La clave para comprender la estetización de la política, esto es su transformación en técnica de propaganda, se encuentra en la posibilidad que los nuevos medios ofrecen para la conformación y administración de los entornos tecno-estéticos y con ello para la movilización masiva de las disposiciones anímicas hacia fines determinados.<sup>24</sup>

#### Psicopolítica e historia del presente

Benjamin era de la idea de que la guerra había sido el producto de un desfasaje entre el desarrollo de la técnica y una “realidad social” inmadura como para integrarla orgánicamente. Si tiene razón, entonces, el momento en el que nos encontramos parece ser más bien el de la completa movilización del mundo y de determinación de esa realidad por la técnica, lo cual se produce hoy bajo el capitalismo integral, allí donde la totalidad de la vida se ha incorporado a la producción de capital por la vía del consumo. El valor del derrotero aquí propuesto reside en que, como afirmaba Jünger, “la guerra es un ejemplo de primer rango porque pone al descubierto el carácter de poder que habita en la técnica”<sup>25</sup>. Ahora, la genealogía bélica de la relación entre técnica, estética y

<sup>23</sup> Sloterdijk. *Esferas III*, op. cit., 79.

<sup>24</sup> En lo que respecta a los abordajes de la “tecnoestética” no puede dejar de mencionarse aquí el trabajo de Susan Buck-Morss “Estética y anestésica: una reconsideración del ensayo sobre la obra de arte” (en *Walter Benjamin, escritor revolucionario*. Buenos Aires: La Marca, 2014), quien, en torno a las propuestas de Benjamin (en especial su lectura de la noción de “fantasmagoría” de Marx), articula una genealogía de una densidad admirable que incluye una reflexión sobre el fascismo y el nazismo. Si bien dar cuenta de este, y otros abordajes de la tecnoestética, excede los alcances del presente ensayo, no puede dejar de mencionarse, por un lado, que este se encuentra en sintonía con la perspectiva de Buck-Morss; y, por otro, que la cuestión convoca también una indagación más profunda del pensamiento de Jünger, en especial del modo en que el desarrollo de la técnica en tanto movilización total por la figura del trabajador es postulado como correlativo del arte como configuración del mundo del trabajo.

<sup>25</sup> Jünger. *El trabajador*, op. cit., 155.

cinética debe conducir a una reconsideración de las condiciones psicopolíticas de las sociedades contemporáneas, en su relación, en este caso, con la posibilidad de una crítica de la violencia estetizada.

Justamente, el diagnóstico del tiempo presente que propone Sloterdijk sitúa al dominio de los medios electrónicos, iniciado con el rol de la radio durante la Primera Guerra Mundial, y más aun hoy en día el de los informacionales, como la fuerza que puso en crisis a las culturas nacionales apuntaladas en el humanismo burgués cuyo medio de tracción residía en el diálogo a través de la palabra escrita. Ello dio inicio a una época en la que la agregación social debe ser caracterizada como pos-letrada y pos-humanista en tanto se efectúa a través de la circulación masiva de imágenes técnicas y de las formas estetizadas de la vida política.

En ese sentido la historia del presente se despliega en la obra de Sloterdijk como un devenir esferológico, nos sitúa en un contexto en el que la conformación de una esfera globalizada produce un mundo sincrónico y compacto por medio de sistemas telecomunicacionales al mismo tiempo que erosiona las macroesferas de inmunidad que bajo la forma del Estado nacional habían organizado las sociedades, y con ello también los modos de subjetivación que se estabilizaban en términos de identidades sociales y personales.<sup>26</sup>

Las consecuencias de ello incluyen, entre otras cosas, que la arquitectura de composición social no se asemeje ya a la de las grandes esferas contenedoras sino a las formas de estructuración de las espumas, es decir, conglomerados en los cuales cada individuo asume la tarea de conformarse a sí mismo como una burbuja o isla co-aislada, conectada momentánea o permanentemente con otras islas contiguas en redes telecomunicacionales. Esta es la interpretación esferológica del individualismo contemporáneo, cuyas consecuencias políticas Sloterdijk expresa de la siguiente manera:

<sup>26</sup> Sloterdijk, Peter. *En el mundo interior del capital. Para una teoría filosófica de la globalización*. Madrid: Siruela, 2010, 180.

hoy, quizás por primera vez en la historia de la convivencia homínida son los individuos quienes, como portadores de competencias de inmunidad, se desligan de sus cuerpos grupales (hasta hora primordialmente protectores) y quieren desconectar en masa su felicidad e infelicidad del ser-en-forma de la comuna política. Actualmente experimentamos la transformación, probablemente irreversible de colectivos políticos de seguridad en grupos con diseños individualistas de inmunidad.<sup>27</sup>

En el lugar de las grandes esferas estructuradas nacional y políticamente, se desarrollan modos diversos de disposición de grandes receptáculos que garantizan a los individuos las condiciones de confort y seguridad que hacen posible sostener su co-aislamiento así como su composición en conjuntos de consumidores. Si bien Sloterdijk reconoce que el análisis de los “Pasajes de París” de Benjamin se encamina en esta misma dirección, prefiere la figura del “Palacio de Cristal” de Dostoievski para circunscribir esa nueva estética de la inmersión por la cual la totalidad del mundo exterior es transferida a un gran interior climatizado artificialmente y ordenado domésticamente, en donde la existencia puede desenvolverse en condiciones de previsión total.<sup>28</sup>

La síntesis afectiva e imaginaria de los grandes conjuntos sociales es cada vez más el resultado de la conformación de un entorno o clima relacionante que integra a los individuos aislados en una novedosa “ecología de afectos” en la que vibran y resuenan como consumidores de escándalos y se mueven en olas de pánico e indignación ante las más variadas imágenes de violencia, así como catástrofes, intrigas, etc., reproducidas por los medios de comunicación masivos y las redes informáticas.

Por ello, el estado actual de lo que hemos llamado sociedades,

<sup>27</sup> Sloterdijk. *Esferas II*, op. cit., 184.

<sup>28</sup> Sloterdijk. *En el mundo*, op. cit., 203 y ss.  
Sloterdijk. *Esferas II*, op. cit., 297.



es comparable al de un compuesto gaseoso, cuyas partículas, respectivamente separadas entre sí y cargadas de deseo y negatividad prepolítica, oscilan en sus espacios propios, mientras, inmóviles ante sus aparatos receptores de programación, consagran individualmente sus fuerzas una y otra vez a la solitaria tentativa de exaltarse o divertirse.<sup>29</sup>

En otras palabras, deben ser entendidas como “sistemas auto-estresantes”<sup>30</sup> o campos de fuerzas integrados a través del estrés que se constituyen como comunidades de preocupación y excitación y que se reproducen cotidianamente por medio de la constante circulación de flujos semióticos compuestos por tópicos inquietantes que mantienen la sincronización de los estados anímicos.

Es por ello por lo que las formas de vida poshumanistas que se desenvuelven al interior del “Palacio de Cristal” y en las condiciones de integración mediáticas pueden ser calificadas también como poshistóricas, ya que allí afirma Sloterdijk “ya no podrían suceder acontecimientos históricos, en todo caso accidentes domésticos [...] tampoco habría ya política ni votantes, únicamente competiciones de humor entre partidos y fluctuaciones entre sus consumidores”<sup>31</sup>.

#### A modo de cierre

La Gran Guerra fue un acontecimiento en el que, en palabras de Jünger, “se ha producido un corte que separa más de dos siglos”<sup>32</sup>. Hemos señalado lo que tal escansión puede significar desde el punto de vista de la metafísica, la tradición humanista e incluso la historia. ¿Quiere decir también que debemos hablar del nacimiento de una era “pospolítica”? Ciertamente es una posibilidad. Sin embargo, Sloterdijk prefiere hablar de la nuestra como la época de la “hiperpolítica”.<sup>33</sup> Con ese rótulo, la distingue, por un lado, de aquella propia de la

<sup>29</sup> Sloterdijk, Peter. *El desprecio de las masas*. Valencia: Pre-textos, 2009, 17.

<sup>30</sup> Sloterdijk, Peter. *Stress and freedom*. Cambridge: Polity Press, 2016, 6.

<sup>31</sup> Sloterdijk. *En el mundo*, op. cit., 205.

<sup>32</sup> Jünger. *El trabajador*, op. cit., 149.

<sup>33</sup> Sloterdijk, Peter. *En el mismo barco. Ensayo sobre la hiperpolítica*. Madrid: Siruela.

era prehistórica, la “paleopolítica”, o el arte por el cual, por la vía de las primeras técnicas de distanciamiento de la naturaleza, las comunidades arcaicas hicieron posible la emergencia de lo humano y tomaron a su cargo la tarea –nunca del todo garantizada– de resguardar su repetición. Por otro, la diferencia de la política convencional, caracterizada como el arte de organizar las fuerzas que hacen posible la integración y cohesión de grandes grupos sociales, bajo macroesferas, prótesis simbólicas o comunidades imaginarias, y su proyección hacia formatos de mayor tamaño guiadas por el ideal de coincidir con el todo, en cuya marcha trazan la historia.

Si en la poshistoria puede hablarse de una hiperpolítica no lo es solamente porque se corresponda con una época del mundo en el que este se encuentra hiperconectado como una esfera reticulada, sino también porque las exigencias que se le imponen son de índole creciente. No solo deberá tomar sobre sí la tarea de construir modos de convivencia en un mundo y en sociedades sin forma, identidad ni fundamento, habitado por individuos co-aislados que se entregan gozosos a variadas formas de bestialización, sino que, además, deberá enfrentar el hecho de que el devenir del género humano ha dado lugar a procesos que han puesto en cuestión la definición misma de lo humano. Es por ello por lo que es la política de la que también llama la “era de lo monstruoso”<sup>34</sup>. Una en la que, por el despliegue técnico de nuestras capacidades para suscitar catástrofes físicas, biológicas y ambientales, el apocalipsis se ha vuelto algo cotidiano.

<sup>34</sup> Sloterdijk, Peter. La época (criminal) de lo monstruoso. Acerca de la justificación filosófica de lo artificial. *Sin salvación. Tras las huellas de Heidegger*. Madrid: Akal, 2011.